III

La hostilidad de los mayores contra mí nunca se manifestaba en casa: la *tía* Langlois no lo hubiera tolerado. Solamente á bordo desahogaban el furor de su antipatía.

Como era el más joven, tenía que obedecerlos á todos. Particularmente por las noches, cuando estábamos en alta mar pescando congrios, con los palos de la barca desmontados para ofrecer poca resistencia al viento, y mientras su padre dormía un rato, inventaban faenas inútiles para hacerme sentir el peso de su autoridad.

Por complacer á los hijos del patrón, los dos hombres de la dotación los ayudaban á mortificarme.

Nunca salió una queja de mis labios. No es que pretenda aparecer mejor de lo que soy; pero para ello tenía dos motivos: el deseo firme de no dar un disgusto á mi madre adoptiva, y, sobre todo, la idea de no alejarme de Rosita.

—¡Todo—pensaba yo—antes que eso!

Una vez despierto el *tío* Hilario, todo cambiaba, y con tanta rapidez, que no se daba cuenta de lo que ocurría.

Para que lo hubiese notado era preciso que mis verdugos perdiesen todo miramiento y disimulo; y aun así, ¿qué hubiera hecho?

El cariño que me profesaba Rosita entraba por mucho en las causas de aquella aversión. Nuestra intimidad los irritaba.

A pesar de todo, cuando se resolvió que partiría de aquella casa que yo miraba como mía, mis ojos se llenaron de lágrimas.

Rosita lo supo antes que yo. Como no salía nunca, no le faltaba trabajo en casa, y mientras la *tía* Langlois desempeñaba los quehaceres de la casa ella zurcía las zamarras de lana y las camisas de toda la familia, y los domingos vestía y peinaba á los demás pequeños.

Por eso oía muchas cosas que á su alrededor decían, y á veces la encontraba con los párpados enrojecidos á fuerza de llorar. La interrogaba, apenado de verla triste.

—¿Qué tienes, Rosa?—le decía.—¡Apostaría á que tengo yo la culpa!

Ella, esforzándose por sonreir, me miraba tiernamente.

—Todos tenemos penas, Santiago. Muchas veces he oído al párroco decir en el púlpito que hasta los más dichosos de la Tierra las padecen.

—Sin embargo, Rosa—respondía yo con inocencia de niño,—debe de ser muy hermoso ser rico.

—¿Qué harías tú si fueses rico?

—Si fuera rico, mandaría construir en Cherburgo ó en Saint-Waast un barco grande y fuerte para nuestro padre. ¿Y á que no sabes lo que mandaría poner á proa?

—No. ¿Qué pondrías, Santiago?

—Pues pondría una estatua blanca, con mucho oro en el vestido y en el cabello, y cuando vieran en popa el nombre Rosita, las gentes dirían: «¡No es extraño, porque esa estatua es su retrato!»

Al oir esto Rosa se ruborizaba hasta ponerse carmesí, y volviendo la cabeza para disimular su azoramiento, decía:

—¡Es lástima que no seas rico, Santiago! Pero no lo siento sólo por eso.

—¿Pues por qué?

Se ruborizaba más aún, y acababa por decir, limpiándose las lágrimas con el delantal:

—¡Porque si fueras rico, Santiago, no te alejarías de aquí!

Y al cabo de un rato añadía:

—¡Si al menos estuviera segura de que volverás!

—¿Y por qué no he de volver, Rosita? Grandcamp no está lejos. Desde alta mar me han enseñado muchas veces el perfil de su costa. Sólo pensar en que te tendré cerca me hace recobrar el valor.

—También sería yo valiente si supiera que volveré á verte.

Mientras tanto la señora Langlois preparaba mi equipo.

Dos camisas de tela cruda; unos pantalones y una zamarra de lana con coderas, hecha por ella misma; un par de botas de agua y un gorro de algodón rayado, como los que usan los molineros del país.

En una de sus excursiones por mar, y aprovechando un viento favorable O. NO., el *tío* Hilario arribó á Grandcamp, donde uno de sus ex-marineros del *Enrique IV* en la guerra de Crimea era patrón de una barca de pesca.

Se llamaba Robine y pasaba por afortunado en el mar, lo que significa que hacía buen negocio.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
"ALFONSO REYES"
MONTERREY, MEXICO

Precisamente necesitaba un grumete. Cuando el señor Hilario le contó mi historia, me aceptó desde luego.

Era viudo y tenía cinco hijas, de las cuales las tres mayores se ganaban ya la vida en las tiendas de Saint-Lô, Coutances é Isigny como dependientes.

Convinieron en que en la próxima marea viva, que precisamente caía en domingo, *La Prevenche*, que así se llamaba la barca de Robine, iría á Barfleur para tomar el mar en la segunda marea, ya con su nuevo grumete.

Me quedaban, por lo tanto, pocos días de estar en Barfleur, pasados los cuales me alejaría de Rosa por mucho tiempo, acaso para siempre.

No sabría explicar la dolorosa impresión que esta idea me causaba. ¡No verla más! ¡Hallarme solo en un barco que no era de Barfleur, con una tripulación desconocida, y no encontrar á mi vuelta á tierra el sonriente rostro de la *tía* Langlois!

Nunca me había dado tan exacta cuenta de la bondad de Hilario Langlois, que me había recogido, educado y mantenido, y que acaso á su pesar me abandonaba por complacer á sus hijos.

Todas estas ideas me perseguían con indecible persistencia.

La *tía* Langlois no podía menos de aprobar los proyectos de su marido, y á veces con tono brusco decía:

—Estará mejor allí que aquí, ya que nadie le quiere; ni tú, Hilario, que hubieras podido evitar esto desde sus comienzos.

De todos modos, era tarde para remediarlo: ya no podía yo estar en compañía de los mayores.

La *tía* Langlois, muy hábil en la costura, era muy solicitada, y con frecuencia la llamaban en casas particulares. En tales días me dejaba á mí al cuidado de los pequeñuelos. Algunas veces me acompañaba Rosa.

En aquellas ocasiones no dejábamos de charlar, pues sus ocupaciones de ama de casa no impedían que su lengua no cesara de moverse un momento.

Sabiendo que mi partida estaba próxima, me daba consejos, y una vez terminada su lección, añadía:

—¿A qué decirte eso, si luego has de olvidarnos á todos?

—¿Olvidarte yo, Rosa? ¡No digas eso, porque demasiado sabes que lo que dices no es cierto!

—¡Ya veremos—contestaba sonriendo;—ya veremos si más adelante te acuerdas de nosotros!

Pasaba el tiempo, y la fecha de nuestra separación se aproximaba. El *tío* Hilario se hacía el fuerte, y su esposa se ocultaba para secarse los ojos. A los demás, excepción hecha de Rosa, les era indiferente mi marcha. Los mayores me veían partir con una notoria satisfacción, y los pequeños ni pensaban en ello.

Una vez por semana iba Rosa al lavadero, situado á mitad de camino entre Barfleur y Gatteville. La *tía* Langlois amontonaba la ropa sucia en una lona grande, cuyas cuatro puntas anudaba dos á dos.

Cuando yo navegaba con el *tío* Hilario, Rosa cargaba con tan pesado fardo, y doblada bajo su peso se iba al lavadero. Allí se pasaba el día lavando, y á la vuelta el lío pesaba doble que á la ida.

Con frecuencia llegaba á casa extenuada; pero ni una queja salía de sus labios.

Rosa tenía conciencia del deber.

Cuando ya no me dejaron ir con el señor Hilario al mar, era para mí una fiesta acompañarla al lavadero llevando la ropa sobre los hombros ó en la cabeza.

Y mientras Rosa desempeñaba su cometido permanecía yo sentado cerca de ella, admirando su buen humor y su decisión.

El señor Rampán pasaba á veces por allí, y al verme sentado con la espalda apoyada

en las rocas levantaba los hombros y decía:

—¡Es un *lazzarone!* ¡No puede negar que viene de la Italia meridional!

Y trataba de entablar conversación con Rosa, que no le contestaba.

Un día que el señor Rampán insistió en hablarle, vi que la cólera se apoderaba de ella.

—¿Qué quiere decir *lazzarone?*—preguntó.

—Quiere decir, sencillamente, perezoso, niña; y creo que en su casa de usted deben de haberlo comprendido ya.

Le molestó mucho que nadie se riera. Una de las lavanderas tomó la palabra, y, sin dejar de trabajar, exclamó:

—¡Si se pagaran las malas lenguas, conozco algunas que se venderían caras; y no muy lejos!

Esta salida fué acogida con estrepitosas carcajadas. Cuando se restableció el silencio, otra lavandera repuso:

—¡Y dicen que las mujeres somos charlatanas! ¡Pues, según parece, en la Administración de Marina también se mueve la lengua!

—¡Hasta otro rato, señor Rampán—dijo otra;—y no se detenga usted aquí, que no es su sitio!

—En el café es donde debe usted decir esas cosas — añadió una tercera. — ¡Adiós, señor Rampán!

—Pero ¿qué le ha hecho el chico? ¿Le cuesta á usted algo?—exclamó una viejecilla de cara simpática.

—¡Sería raro, porque ya sabemos que en su casa no se atan los perros con longaniza!

—¡Márchese usted, señor Rampán, y mírese al espejo! ¿A que no hay en todo el distrito dos más feos que usted?

Había que verle encolerizado, desorientado por aquel diluvio de pullas; y, sin embargo, sin duda por amor propio, no retrocedía.

Naturalmente, sobre mí debía recaer su indignación, y hacia mí se dirigió con los puños cerrados.

—¿De qué te ríes tú, bastardo?

De un brinco me levanté y me puse fuera de su alcance

—¡Bastardo!—exclamé.—¿Qué significa eso, señor Rampán?

—¡Eso significa que has de pagármelas, bandido, y que has de llevar estampados mis cinco dedos en el rostro!

Mas cuando quiso avanzar, ya estaba yo lejos, aunque procurando que las lavanderas no perdiesen nada de la escena.

Ellas me excitaban para que le encolerizase más aún, diciéndome:

—¡Llámale *Pavo!* ¡Llámale *Pavo!*

Como estaba bastante lejos y no podía alcanzarme, junté las manos como una bocina, y con toda la fuerza de mis pulmones grité:

—*¡Pavo! ¡Pavo! ¡Pavo!*

No debió de agradarle mucho la cosa; porque se lanzó en mi persecución, rojo de ira y con los ojos fuera de las órbitas.

Nunca he visto ni veré hombre más furioso en mi vida.

Si me hubiera cogido, me destroza. Pero yo era ágil, el terreno, arenoso, y le levaba gran ventaja, corriendo sin cesar, por el temor de que me alcanzase.

¿Por qué me odiaba aquel hombre? Nunca he podido dar con los motivos que para ello podía tener. Su aversión era tan ridícula, que hasta los pescadores la comentaban entre sí, y no le hubiese ido bien al señor Rampán si delante de ellos me hubiera puesto la mano encima.

Por eso, cuando me veía se contentaba con lanzarme miradas teribles.

Parecía que mi presencia en Barfleur le molestaba ó le causaba gravísimos perjuicios.

La *tía* Langlois me hablaba de él recomendándome prudencia.

—No hagas caso de lo que te diga, y sé cortés con él cuando te dirija la palabra.

—Tranquilícese usted, madre: cuando le veo venir por un lado, me voy por otro; y si algu-

na vez nos encontramos, no es culpa mía, pues hago todo lo posible por evitarlo.

La escena del lavadero, corregida y aumentada, recorrió el pueblo entero.

El señor Rampán mismo la refirió en varios sitios, desvirtuando, naturalmente, los hechos y profetizando que el niño recogido por el patrón Langlois terminaría irremisiblemente en cadena perpetua, á no ser que fuera en la horca.

El *tío* Hilario trataba de este asunto conmigo con toda tranquilidad.

—Debes alegrarte, Santiago, de marcharte á navegar con Robine. Es un buen marino que te enseñará el oficio como nadie, y cuando vuelvas fuerte y vigoroso, las cosas habrán cambiado mucho por aquí.

Y sonriéndose añadió:

—¡Los hombres no son eternos! Y el señor Rampán se irá, como se fueron muchos; así es que á tu vuelta no tendrás nada que temer de los de aquí, que te queremos todos.

Al decirlo se olvidaba de sus hijos; pero nada de particular tenía que así fuera.

—Padre—le dije,—no temo á nadie, y desearía que todos me quisieran, porque yo quiero á todo el mundo, y á usted y á los suyos, más que á nadie.

—¡Hablas como un hombrecito, muchacho

—me dijo,—y estoy seguro de que Robine no se quejará de ti!

—¡Ni usted; se lo juro! Pero, de todos modos, es muy sensible separarse de lo que tanto se quiere.

—¡Dejemos eso!—dijo bruscamente.—Has de volver, y cuando vuelvas habrá una fiesta que ni las del Emperador.

Noté que su fisonomía se endurecía, y comprendí que pensaba en sus hijos, cuya aversión hacia mí le causaba tanta pena.

Nos hallamos á la entrada misma del puerto, y para desviar el curso de sus pensamientos, señalando el mar le dije:

—¡Mire usted qué cosa tan agradable á la vista!

Y con entusiasmo añadió Hilario:

—¡Tienes razón; ni en las tierras lejanas que he recorrido he visto nada más hermoso!

Y con un gesto me señalaba el ancho mar azul extendiéndose hasta el horizonte libre, y cubierto de barcos carboneros, trasatlánticos y pesqueros, que, salidos del Havre y con rumbo al Océano, se acercaban á la costa para comunicarse con el semáforo.

Marchaban rodeados de una guirnalda de blanca espuma y dejando tras sí grandes penachos de humo que se extendían indefinidamente: tanta era la pureza de la atmosfera.

—Los oficiales que mandan barcos como ésos—me dijo—son muy dichosos. Pero para eso es necesario tener tiempo y dinero. ¡Esas gangas no son para nosotros! Lo principal en en este mundo es saber ganarse la vida, y contentarse con poco cuando no se sabe tener más. No olvides esto, so pena de caer en la más negra de las miserias.

El resto del camino lo anduvimos en silencio, y cuando llegamos á Barfleur anochecía.

IV

Al fin llegó el día de la separación; demasiado deprisa según mis deseos, pero no hay medio de detener el curso del tiempo.

Cuando esperamos alguna alegría, el tiempo se nos hace interminable; pero si alguna desgracia nos amenaza, parece que el vapor le ayuda para que llegue antes.

Así llegó aquel domingo de Abril, pocos días después del equinoccio de primavera. Fué una fecha de mi vida que no olvidaré nunca.

A medida que el tiempo pasaba, se dulcificaban los mayores. ¡Por fin se verían libres de mí!

Rosa, tan triste como yo, se pasaba las horas llorando, lo cual excitaba grandemente la hilaridad de sus hermanos.